



ISABEL DíEZ SAN VICENTE

Al Filo de las Mareas

euskal argazkilariak fotógrafos vascos
basque photographers

El verdadero misterio del mundo es lo visible, no lo invisible.
Oscar Wilde

A primera vista, una fotografía lo que hace, de forma insuperable, es describir el mundo visible. Sin embargo, los críticos de arte llevan mucho tiempo ensalzando las imágenes que surgen únicamente de la imaginación por encima de aquellas que provienen directamente de la realidad, como son las fotografías. El reino de la imaginación es algo que la pintura podría representar más fácilmente que la fotografía, por la sencilla razón de que el objeto representado no tiene por qué existir físicamente. El corolario que más se impone, y el que resulta aparentemente incontrovertible, parece ser el siguiente: si la pintura (socio *senior* en las artes plásticas, tan truculento como inseguro) puede representar mejor la imaginación, entonces la pintura *tiene* que ser un reino más interesante y más digno de estudio que la realidad. Pero, ¿es el reino “invisible” de la imaginación verdaderamente más digno que el arte hecho directamente del mundo visible? Creo que Isabel, con esta selección de imágenes bellas y líricas, ha demostrado que lo visible no es tan claro y franco como puede parecer; que es una profunda fuente de misterio y belleza. Resulta imposible no dejarse impresionar por las composiciones sutiles de Isabel, por el cuidadoso emparejamiento de la luz y lo que se retrata; sin embargo, es ese fondo de misterio que late en sus imágenes lo que a mí me parece excepcional. Y, por las razones que a continuación aduzco, pienso que ese misterio es un elemento fundamental de las mejores imágenes fotográficas.

Una fotografía *parece* “explicar” el espacio fotografiado; es capaz de describir un único espacio y un único instante en detalle casi infinitesimal (quizá dibujando granos individuales de arena en una playa o los pelos de una cabeza), puede iluminar cada color imaginable y captar el momento en el que se creó. Una fotografía, en el momento exacto de su ejecución, colapsa todos los puntos de vista posibles en espacio e instante de tiempo cualesquiera en un punto de vista único que luego se presenta al espectador. Y, mediante este proceso, el espectador asume la visión del fotógrafo; adopta la perspectiva monocular del fotógrafo. Y esto no es una simple sustitución del punto de vista del espectador por el del fotógrafo. Cuando vemos una imagen asumimos también algo del punto de vista del fotógrafo, nos arrogamos parte de su actitud ante el mundo. En cierta medida, no vemos solamente a través de sus ojos, sino también a través de su mente.

Cuando el mítico “hombre de la calle” dice que una fotografía es “buena”, se refiere a lo bien que la imagen explica el espacio que describe, a cuán fácil resulta leerla. La gente quiere fotografías para ilustrar los espacios y fijar recuerdos. Una fotografía “mala” presenta una descripción nada clarificadora de un espacio concreto, que dificulta nuestra comprensión de lo que vemos o, por ejemplo, vuelve irreconocible a nuestra tía Asun. Semejante valoración, llamar una fotografía buena o mala, se basa únicamente en la fuerza ilustrativa de la fotografía. Pero la descripción pura no emociona; es como leer un largo texto de prosa descriptiva desprovista de todo adjetivo: árbol, monte, nube, cielo, hierba, hierba, hierba, otro árbol, hierba y así sucesivamente...

Para que una fotografía sea verdaderamente excelente, para que la juzguemos extraordinaria, no puede limitarse a la mera descripción como reclamo para captar y fijar nuestra atención. Como John Loengard, fotógrafo de la revista Life, dejó escrito en su texto “Pictures Under Discussion” [Imágenes en tela de juicio]:

Un jarrón chino de la dinastía Ming puede tener un diseño admirable y una hechura excelente y, por eso, sin más, resulta bello. No creo que esto sea cierto para la fotografía. A no ser que haya en ella algo incompleto, algún elemento que nos desconcierta, siempre parecerá una copia de algo bonito. No nos llamará la atención...

Una fotografía que presenta una copia “perfecta” no es sino una representación disminuida del original; puede que nos diga algo de los intereses del fotógrafo, pero no nos cuenta nada nuevo acerca de la realidad o de nosotros mismos.

El arte no es descripción sin más; el arte debe evocar, ha de trascender. Para que las imágenes fotográficas alcancen, como lo hacen las de Isabel, tan elevado estatus, tienen que contrarrestar el peso de la descripción que llevan consigo. Es necesaria una cierta ambivalencia u ofuscación para que se haga realidad la deseada trascendencia. Pensar en las diferencias entre la prosa y la poesía proporciona una metáfora útil a este respecto. Si la prosa es descriptiva sin ambages, el significado de la misma diáfano y fácil de entender, en la poesía se alude al significado, pero éste permanece indefinido, inaprensible. La poesía será más difícil de comprender, pero el misterio que presenta a menudo la hace más enriquecedora.

Toda fotografía es un *documento* escrito por la luz. Cada fotografía es en sí la prueba irrefutable de un punto único en el espacio y en el tiempo. Las fotografías son verídicas y, sin embargo, mienten. La luz reflejada de un sujeto perfila ese sujeto con exquisita fidelidad pero no consigue transmitirlo todo. Y es precisamente ahí, en ese fracaso, en donde reside la posibilidad de expresión. La elección del punto de vista del fotógrafo, la velocidad de obturación y la composición pueden subvertir —acaso de forma muy sutil— la manera en la que el fotógrafo representa la realidad, introduciendo en ella el misterio. Así, uno puede permanecer fiel a la lucidez de la fotografía, mientras aumenta el campo para la expresividad del medio.

Las grandes fotografías, las imágenes excelentes, lo son bien porque *fracasan* a la hora de explicar, en su totalidad, algún aspecto del espacio que presentan, bien porque nos presentan con una paradoja visual, un espacio engañoso. Las fotografías excelentes resultan increíbles por lo que describen, pero también por lo que no llegan a describir, por lo que tan solo insinúan. Imágenes tan diversas como *La Gioconda* de Leonardo o aquel *Subir y Bajar* de M.C. Escher (en el que unas figuras encapuchadas transitan por una escalera sin fin) son imágenes memorables precisamente porque no llegan a explicarse. En términos visuales, son un misterio, contienen elementos que cautivan y fijan la atención del espectador. Una cierta sensación de misterio, ambigüedad o engaño: estos son, todos ellos, atributos que ayudan a hacer que una imagen sea atrayente, seductora. Todos ellos también se encuentran en la presente obra. Como comentó el gran fotógrafo Wynn Bullock:

Estamos rodeados de misterios, hay misterios incluso en las cosas más conocidas, están allí, a la espera de ser percibidos.

Isabel ha conseguido percibir estos misterios donde la tierra limita con el agua y re-presentarlos para que los percibamos también nosotros. Por ello, le estoy sinceramente agradecido.

David Ward



La red, 2008



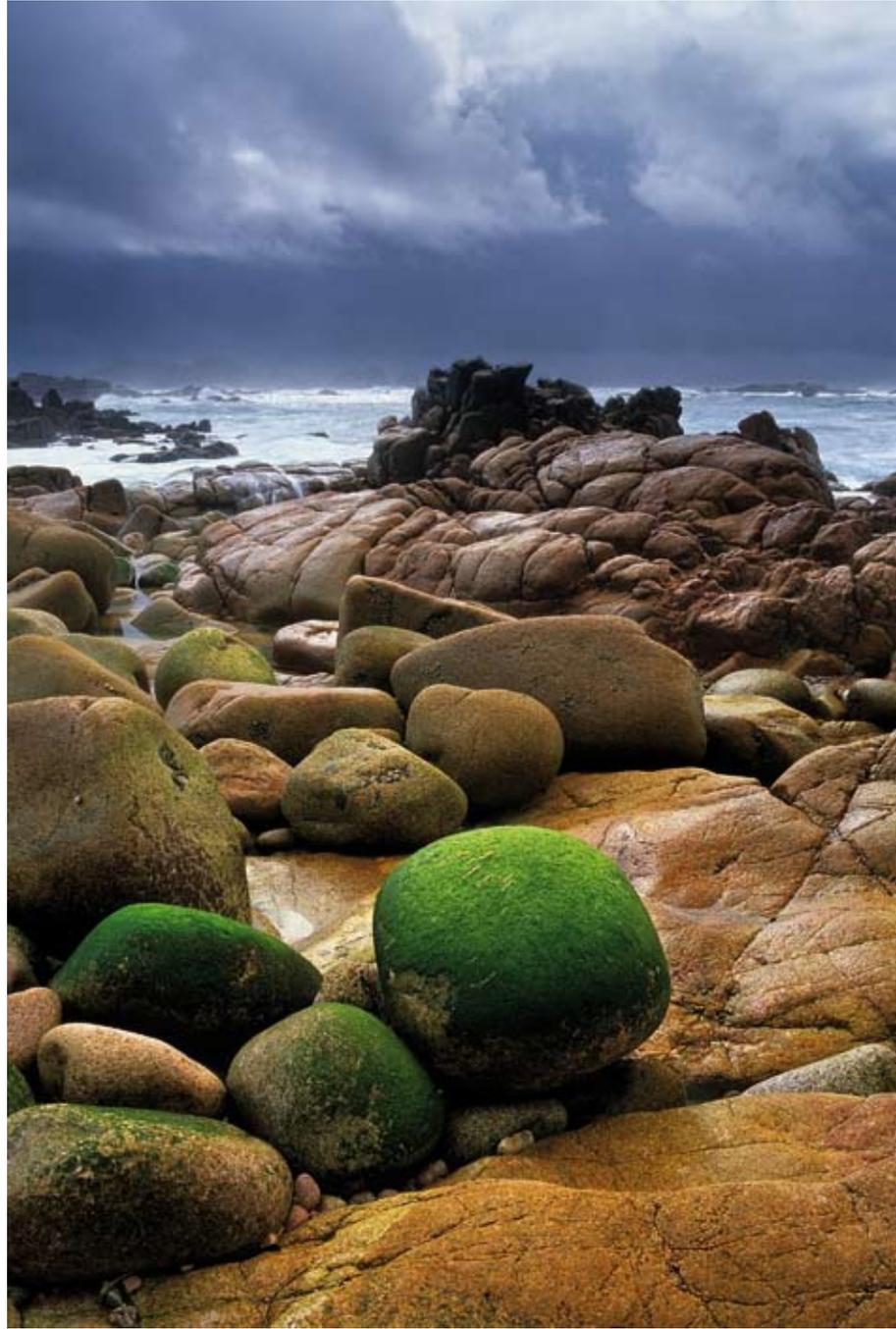
La fusión de los elementos, 2008



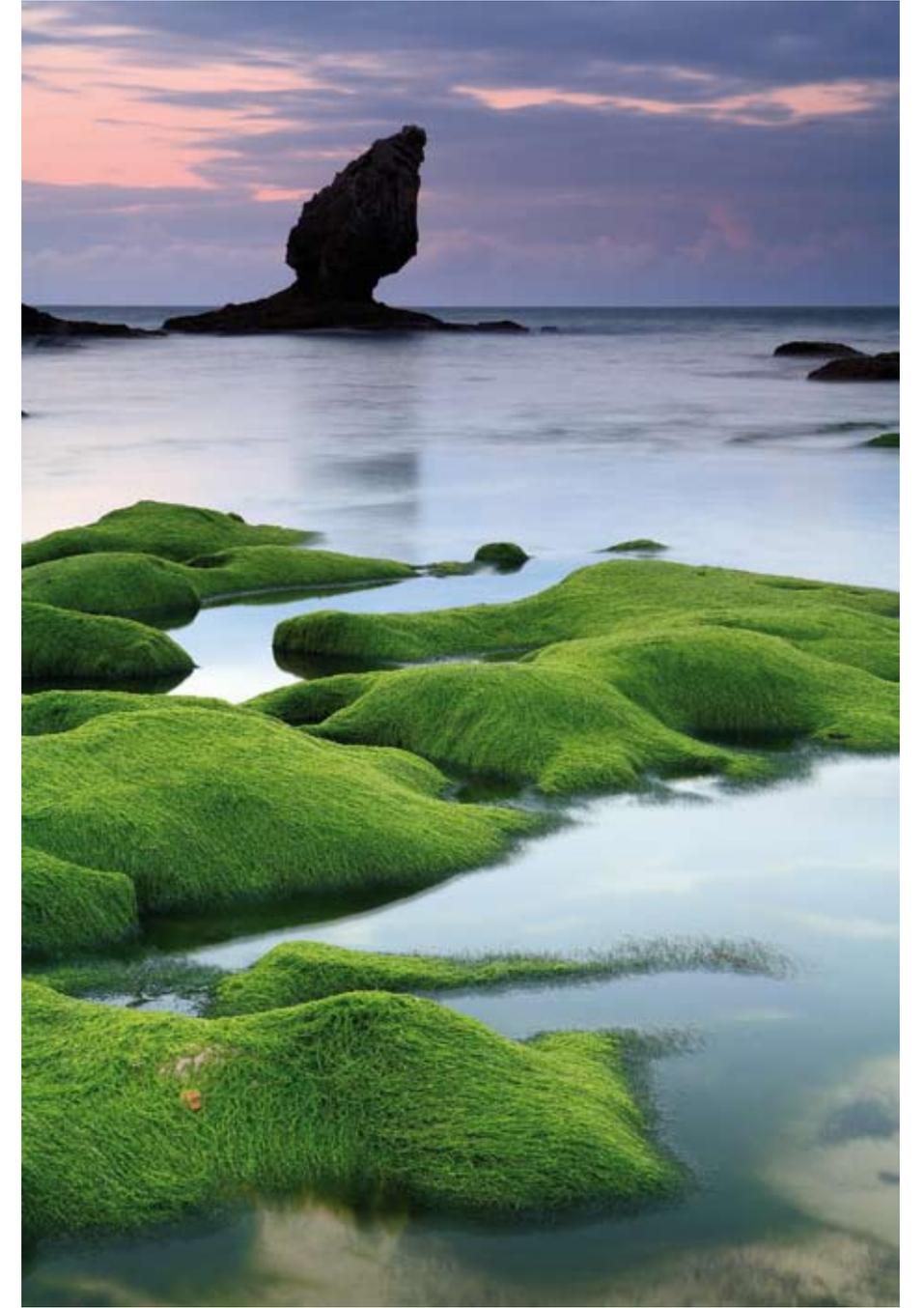
Rojo, 2008



Convergencia, 2008



La esfera, 2006



Primavera en la orilla, 2008



Una tarde de verano, 2005



Después de la tormenta, 2005



Complementarios, 2005



Seres ocultos, 2008



Orígenes, 2007



Simetrías de oro, 2005

© de las imágenes Isabel Díez San Vicente

© de los textos sus autores:

David Ward, Isabel Díez San Vicente

© de la publicación: Federación de Agrupaciones Fotográficas del País Vasco

Euskal Herriko Argazkilari Taldeen Elkartea

Patrocina esta publicación: Fundación BILBAO BIZKAIA KUTXA Fundazioa

Diseño de colección y de esta publicación:

LaTapadera creaciones, S.L.U.

Traducción al euskara:

Iratxe Ormatza

Traducción al inglés:

Mark Gardner

Preimpresión e Impresión: Bizkaigraf

ISBN:

978-84-613-3832-0

Depósito Legal: